

diurnas de la aguja imanada i los cambios visibles en la forma de los cometas cuando estos se acercan suficientemente al sol. Tal hipótesis se hace mas plausible todavía por la íntima conexión descubierta recientemente entre el número de las manchas solares i la amplitud de la variación diurna del magnetismo terrestre, manifestándose en ambos fenómenos un período de la misma duración. Así, suponiendo que las manchas solares sean producidas por disturbios violentos del estado eléctrico, su frecuencia indicaría la relativa tensión eléctrica, la que debería manifestarse por un efecto correspondiente en la atmósfera terrestre. El coeficiente hallado arriba para la amplitud de la onda atmosférica no sería entonces constante, sino sujeto a variaciones periódicas lo mismo que la amplitud de las variaciones magnéticas i el barómetro llegaría a ser por fin un aparato susceptible de indicar las variaciones que se operan en la envoltura gaseosa del sol, asiento de la supuesta fuerza que a tantos misteriosos fenómenos daría origen. En lo demás, la analogía entre las oscilaciones horarias del barómetro consideradas como marea atmosférica, i el flujo i reflujó de las aguas de los mares se hace mas patente comparando entre sí la intensidad de la onda atmosférica correspondiente a localidades de diferentes latitudes geográficas, con cuyo fin copio aquí los valores hallados por Lamont (1).

	mm.
Madras.....	1.21
Santa Helena.....	0.63
(Santiago.....)	0.51)
Madrid.....	0.32
Munich.....	0.22
San Petersburgo.....	0.08

HISTORIA NACIONAL. Biografía i viaje de Hernando de Magallanes al estrecho a que dió su nombre, por el miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana.—Comunicación del mismo a la espresada Facultad. (a)

CAPITULO V.

Noticias de la escuadrilla de Magallanes.—Disposiciones para arreglar la marcha.—Permanencia en Tenerife.—Primeras dificultades con Juan de Cartagena.—Magallanes lo pone preso.—La escuadrilla avista las costas americanas.—Entra en la bahía de Rio-Janeiro.—Negociaciones con los indígenas.—Reconocimiento del Rio de la Plata.—Arribo a la bahía de San-Julian.—Magallanes se decide a pasar allí el invierno.—Descontento de sus capitanes.—Trama un complot.—Se apoderan los sublevados de tres naves.—Entereza de Magallanes.—Muerte de Luis de Mendoza.—El jefe de la escuadra sofoca la sublevación.—Castigo de los amotinados.

La escuadrilla con que habia salido Magallanes de San Lúcar de Barrameda, era compuesta, como queda dicho, de cinco naves de

(1) *Lettre* de M. Lamont, directeur de l'observatoire de Munich a M. Ad. Quetelet,

(a) Véase la página 581 de la anterior entrega de los *Anales*.

Comunicación

poco porte, pero bien construidas i provistas en sus estremidades de una elevada obra muerta que tenia el nombre de castillo. La mejor de estas naves, aunque no la mas grande, era la *Trinidad* que mandaba en persona Magallanes; la segunda, la *San Antonio*, era mandada por Juan de Cartajena, que a su cargo de capitán unia el de veedor de la armada, i el título de “conjunta persona” de Magallanes; la tercera, la *Concepcion*, tenia por capitán a Gaspar de Quezada; la cuarta, la *Victoria*, al tesorero de la armada Luis de Mendoza; i la quinta, la *Santiago*, que apenas media poco mas de 80 toneladas, tenia por jefe al piloto Juan Serrano.

A parte de estos capitanes, iban en la escuadra algunas personas de conocida distincion, que Magallanes habia acomodado en su propia nave. Figuraba entre éstos un indio malayo, bautizado con el nombre de Enrique, i que el capitán en jefe habia embarcado consigo en el humilde rango de criado, para que le sirviera de intérprete en sus negociaciones con los reyezuelos de las islas que iba a descubrir. Iba allí, tambien, Duarte Barbosa, aquel portugues cuñado de Magallanes, tan notable por sus exploraciones en el Asia i por el tratado jeográfico en que las describió. Figuraba, ademas, entre ellos, Antonio de Pigafetta, a quien los españoles denominan Antonio Lombardo, por ser natural de Vicencio en Lombardía, que al saber los aprestos de la atrevida espedicion que Magallanes i Faleiro preparaban en España, pidió al rei el permiso de hacer este viaje, cuya historia habia de narrar mas tarde con tanta sencillez i tanto agrado. En la flota se embarcaron, ademas, algunos portugueses, italianos, franceses, flamencos i hasta un ingles natural de Bristol. Ocupaban éstos, en su mayor parte, cargos mui subalternos: unos eran soldados, otros marineros o artesanos, i algunos solo eran criados de los capitanes (1).

(1) Véanse las listas de las tripulaciones publicadas por Navarrete en el IV tom. de su *Coleccion*, páj. 12 a 22.—El laborioso e intelijente historiador brasilero don Francisco Adolfo de Varnhagen, refiere en su *Historia geral do Brazil*, sec. II, tomo I, página 31, i en una ilustracion puesta en la página 433 del mismo tomo, que iba tambien en la espedicion un piloto portugues llamado Juan de Lisboa que antes de esta época habia estado en el Brasil i que escribió un libro sobre la marina, perdido ahora, pero cuyo descubrimiento seria tal vez de gran importancia para el esclarecimiento de la historia de la jeografía. Tal vez en las listas publicadas por Navarrete, Juan de Lisboa está apuntado con otro nombre. El título de su obra era el siguiente: “Tratado da agulha de marear achado por Joao de Lisboa ho anno de 1514, pollo que se pode saber en cuallquer parte que homem estiver quanto he arredado do meridiano.” Juan de Lisboa fué hecho mas tarde piloto mayor de Portugal, i falleció antes de 1534.

En los primeros días del viaje, reinó en la escuadra un orden admirable. Magallanes habia tenido particular cuidado de dictar en tierra los mas prolijos reglamentos no solo para ordenar las señales de una nave a otra sino tambien para la disciplina. “A fin de que la escuadra fuese siempre en orden, estableció para los pilotos i los maestros las reglas siguientes. Su nave debia preceder siempre a las otras; para que no la perdieran de vista durante la noche, fijaba en la popa una antorcha de madera llamada farol. Si ademas de éste, encendia una linterna o un pedazo de cuerda de esparto, las otras naves debian hacer otro tanto para manifestarle que lo seguian. Cuando a mas del farol encendia dos fuegos, las naves debian cambiar de direccion, sea para mejorar el rumbo o ya a causa del viento contrario. Cuando encendia tres fuegos, era señal de que debia quitarse la boneta, que es una parte del velámen que se coloca bajo la gran vela cuando el tiempo es bueno, a fin de tomar mejor el viento i acelerar la marcha. Cuatro fuegos eran señal de que se debian recojer todas las velas; o desplegarlas si estaban recojidas. Muchos fuegos o algunos cañonazos servian para advertir que la escuadra estaba cerca de tierra o de algun bajo, i que por consiguiente era necesario navegar con mucha precaucion. Habia ademas otra señal que indicaba cuando se debia echar el ancla.

“Se hacia tres guardias cada noche; la primera, al principio de la noche, la segunda, que se llamaba media hora, a media noche, i la tercera ántes de amanecer. Por consiguiente, toda la tripulacion estaba dividida en tres guardias: la primera bajo las órdenes del capitán; el piloto presidia la segunda, i la tercera pertenecia al maestro. El comandante jeneral exigió de la tripulacion la mas estricta disciplina a fin de asegurar por este medio el feliz éxito del viaje” (2).

El sexto dia de navegacion, esto es el 26 de setiembre, la escuadra llegó a un puerto de la isla de Tenerife, donde se detuvo tres dias para cargar carne, agua i leña. De ahí pasó al puerto de la Montaña Baja, en el que permanecieron tres dias esperando una carabela que llevaba pez para la escuadra (3). El 2 de octubre, entrada ya la noche, las naves se hicieron de nuevo a la vela con rumbo al S. O. A mediodia del 3 de octubre, Magallanes hizo un pequeño cambio en el rumbo de la flota sin pedir consejo a los otros capitanes i pilotos. Este cambio no estaba indicado en la instruccion náutica que el jefe habia dado

(2) Pigafetta, *Primo viaggio attorno il mondo*, lib. I.—Instrucciones del rei a Magallanes.

(3) Herrera, dec. II, part. IV, cap. X, páj. 131 (Madrid, 1601).

ántes de embarcarse a los otros capitanes. Juan de Cartajena, que por ser llamado en la cédula de su nombramiento “conjunta persona” de Magallanes, se creía su igual en el mando, se sintió de que se hiciera una variación de esa naturaleza, sin preceder el acuerdo de los capitanes i pilotos; i así lo reclamó formalmente. El comandante jeneral, que no era hombre para sufrir contradicciones de esta especie, contestó terminantemente que si habia error en aquella instrucción, él estaba dispuesto a salvarlo, que no reconocía conjunta persona en la escuadra ni tenia que dar cuenta a nadie de sus operaciones náuticas, debiendo seguirlo de día por la bandera i de noche por el farol sin hacerle observaciones ni reparos (4). Cartajena no se atrevió a insistir ante tan firme resolución, i aunque con mucho disgusto, tuvo que obedecer a Magallanes, guardando en su corazón un profundo despecho.

Magallanes pasó entre la costa de Africa i las islas de Cabo Verde, i despues de algunos días de viaje muy próspero por la costa de Guinea, llegó a los 8.º lat. N. a la altura de la montaña denominada Sierra Leona. Allí experimentaron vientos contrarios o grandes calmas junto con una fuerte lluvia que los acompañó hasta mas adelante de la línea equinoccial, durante sesenta días. En ese tiempo, las dificultades que comenzaron a suscitarse entre Magallanes i Cartajena a su salida de Tenerife, tomaron cuerpo hasta el punto de producir una violenta ruptura. Era costumbre en la marina española que en la tarde, a las oraciones, todos los capitanes de una flota mandaran saludar al jefe de ella. En las instrucciones que el rei habia dado para el viaje de Magallanes, encargaba éste que hiciera cumplir esta práctica (5), i así se hacia en efecto cada día al anochecer. Una tarde, el marinero que dió el recado de Cartajena, dijo a Magallanes:—“Dios os salve, señor capitán i maestro, e buena compañía.” El capitán portugués vió en este saludo un desacato cometido contra su autoridad, i por toda respuesta mandó decir a Cartajena que se guardara bien de saludarlo en esa forma, sino dándole el tratamiento de capitán jeneral que le correspondía. “Le he saludado con el mejor marinero de la nave, i quizá otro día le salude con un paje”, contestó resueltamente Cartajena; i en efecto dejó pasar algunos días sin enviarle el recado de ordenanza.

Magallanes, sin embargo, no era hombre de dejarse burlar por sus

(4) Herrera, id. id. páj. 132 i 133.—Navarrete, Relacion del viaje, tomo IV de su *Coleccion* páj. 29.

(5) Instrucción dada a Magallanes, etc. art. 3.º

subalternos, i mucho ménos por uno que pretendia ser su igual en el mando. No pudiendo tolerar la altanería de Cartajena, i creyendo sin duda que no solo perjudicaba a su dignidad de jefe de la escuadra sino tambien a la necesaria subordinacion de los demas capitanes, resolvió castigarlo con una ejemplar severidad. Un dia reunió en la *Trinidad* a todos los capitanes i pilotos para discutir el rumbo que debiera fijarse a las naves. Tratóse allí, ademas, de la manera de saludarse en las tardes; i Cartajena, alentado sin duda con su primer triunfo, trabó sobre esta materia una irritante discusion. Magallanes no quiso oír nada; i echando mano de Juan de Cartajena, lo tomó del pecho diciéndole: —“Sed preso.” Inútil fué que Cartajena reclamara el auxilio de los otros capitanes i pilotos para apresar a Magallanes, porque sea porque estuvieran convencidos de la justicia de su proceder, o porque temieran la saña de su jefe, todos ellos se quedaron inertes sin tratar de oponerle resistencia alguna. Cartajena fué arrastrado al cepo, i colocado allí de los piés en castigo de su insolencia; pero como algunos de los capitanes intercedieran respetuosamente por él pidiendo que lo entregara preso a uno de ellos, Magallanes lo confió al capitan de la *Victoria* Luis de Mendoza, despues de haberle recibido el juramento de tener preso a Cartajena i de prestárselo cada vez que lo pidiere (6). El mando de la nave *San Antonio* fué confiado al contador Antonio de Coca.

La escuadrilla tomó el rumbo de S. O. tan prontó como pasaron las calmas que la habian detenido en la costa de Guinea. El 29 de noviembre estaba enfrente del cabo San Agustin, en la costa de América, i de allí siguió su viaje hácia el sur hasta el dia 8 de diciembre, en que avistó las playas del Brasil cerca de los 20° de latitud meridional. Continuando por este camino, el 13 de ese mes entró en la bahía de Rio Janeiro, a que los españoles dieron el nombre del santo del dia, llamándola Santa Lucía. “Aquí hicimos, dice el historiador de la expedicion, una provision de gallinas, patatas, una especie de fruta que se asemeja al cono del pino, pero que es estremadamente dulce i de un gusto exquisito (la piña), cañas mui dulces, carne de anta, que se asemeja a la de vaca, etc., etc. Hicimos excelentes negocios. Por un anzuelo o por un cuchillo nos daban cinco o seis gallinas; dos gansos por un peine; por un espejito o un par de tijeras obteniamos pescado suficiente para alimentar diez personas; por un cascabel o por una cinta, los indíjenas nos traian una canasta de patatas. A

(6) Carta del contador Juan Lopez de Recalde al obispo de Burgos, publicada por Navarrete en el tom. IV de su *Coleccion*, páj. 201.

precios tan altos como esos cambiábamos las figuras de los naipes: por un rei me dieron seis gallinas, i los indios creyeron que habian hecho un negocio excelente” (7).

Por largo tiempo se ha creido que Magallanes fué el primer explorador de aquella hermosísima bahía. Documentos de incontestable autoridad han venido, sin embargo, a revelar que desde ocho años ántes, desde 1511, llevaba el nombre de bahía del Cabo Frio, i que en ella se habian establecido algunos portugueses que negociaban con los indíjenas, cargando sus naves de palo de tinte. Magallanes, con todo, no encontró allí mas que indios Tupinambas, tribu pacífica de la raza Guaraní que poblaba aquellas costas. Queriendo cumplir con las instrucciones que le habia dado el rei, Magallanes prohibió bajo pena de la vida que se tomara algunos indios como esclavos; porque no queria dar pretexto a las reclamaciones i quejas del rei de Portugal, ni cargar sus naves con inútiles consumidores de víveres.

La permanencia de los exploradores en la bahía de Rio Janeiro no duró mas que catorce dias. El 27 de diciembre, despues de proveer bien sus buques de aves i frutas, Magallanes desplegó de nuevo las velas i siguió su viaje en la misma direccion que lleva la costa del continente, aunque sin avistar la tierra, hasta que el 10 de enero de 1520 se encontró en frente del cabo de Santa Maria situado en la embocadura del caudaloso rio de la Plata, que denominaban los marinos rio de Solis, en memoria de su célebre quanto infortunado descubridor. El comandante en jefe de la escuadra quiso adelantar los reconocimientos jeográficos; i en consecuencia remontó las aguas del rio i exploró hasta el 7 de febrero sus dos márgenes i algunas de sus islas. En estos reconocimientos, Magallanes examinó un cerrito situado en la orilla norte que formaba un contraste singular con las bajas i dilatadas llanuras que se estienden en aquellos lugares. Dieron los españoles a aquella altura el nombre de Monte-Vidi, de donde se ha derivado el nombre actual de Montevideo. Algunos salvajes de las inmediaciones, que inducidos por la curiosidad visitaron las naves, fueron obsequiados por Magallanes, sin entrar, sin embargo, en tratos i negociaciones.

El viaje se continuó el 14 de febrero, siguiendo siempre las naves la inclinacion de la costa, pero sufriendo ahora las constantes borrascas de otoño que las dispersaban por algunos dias, i embarazaban sus operaciones. Magallanes, como el primer explorador que habia visto aquellos lugares, reconocia prolijamente los cabos i bahías de la

(7) Pigafetta, lib. I.

costa, deseoso de encontrar el tan deseado estrecho, objeto principal de la expedición. Todos sus afanes, sin embargo, parecían inútiles: los reconocimientos practicados no ofrecían ningún resultado; i la estación lluviosa se acercaba más rápidamente de lo que era de creerse i de desearse. Por fin, el 31 de marzo entró la escuadrilla al puerto de San Julian, donde Magallanes quería invernar.

Las discordias de los marinos habían ido, entre tanto, haciéndose cada día más sensibles i peligrosas. En la bahía del Janeiro, Magallanes, receloso de la fidelidad de Antonio de Coca, a quien él mismo había elevado al rango de capitán, le quitó el mando de la nave *San Antonio* i la entregó a su primo hermano Alvaro de Mesquita, portugués de nacimiento. El mismo día que arribaron al puerto de San Julian, al saber la resolución que tenía Magallanes de pasar allí el invierno, i de acortar para ello las raciones de víveres, los otros capitanes i las tripulaciones, acordándose más de las comodidades que dejaban en España que de los compromisos que habían contraído con el rei, i de la gloria inmensa que les iba a reportar aquella empresa, recabaron de Magallanes que alargase las raciones o se volviese atrás, puesto que parecía temerario el proyecto de buscar un estrecho que era imposible hallar, i que bastaba haber navegado hasta donde nadie se había atrevido a llegar, i donde podía muy bien suceder que alguna tempestad deshecha los arrojase a alguna costa de donde no pudiesen salir.

Las inmediaciones del puerto de San Julian eran, en efecto, deshabitadas, desprovistas de víveres i además sumamente frías. Magallanes, sin embargo, no se arredró ni por la pobreza del lugar, ni por el rigor de la estación, ni por la resistencia que trataba de oponerle su jente. En contestación a esas exigencias, dijo resueltamente que estaba dispuesto a morir o a cumplir lo que había prometido al rei, de quien tenía encargo de viajar hasta el término de aquella tierra en busca de un estrecho que indudablemente había de hallar más adelante. Si la estación era fría, Magallanes creía que en pocos meses más volvería el verano, i entonces los exploradores tendrían días más largos mientras más se acercaran al polo sur; i si ellos se quejaban de la falta de víveres i bastimentos, el jefe les recordó que en aquel lugar había leña abundante, agua excelente i gran variedad de pescados i mariscos, i que además, acortando las raciones, no les faltaría nunca el pan ni el vino (8).

(8) Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XII, pág. 297. Este cronista ha referido con una minuciosa prolijidad todos los pormenores del viaje de Magalla-

Pero, las resistencias que comenzaban a encontrar entre los suyos iban tomando poco a poco un carácter mas sério i alarmante. El siguiente día de su arribo al puerto de San Julian, el 1.º de abril, era domingo de ramos (9); i queriendo solemnizar este aniversario con una misa i demas' fiestas religiosas que pudieran practicarse en aquella tierra desierta, Magallanes invitó a todos los capitanes, oficiales i pilotos que desembarcasen a oír la misa i a comer despues en su compañía en su propia nave. Solo Alvaro de Mezquita i Antonio de Coca fueron a tierra con las tripulaciones, i únicamente el primero de estos pasó a la nave *Trinidad* a comer con el comandante en jefe. Magallanes sospechó desde entónces que algo se tramaba en contra suya; pero se mantuvo a la expectativa, resuelto a hacer frente a cualquier movimiento, a resistirlo i a dominarlo.

Tramábase, en efecto, un vigoroso complot contra Hernando de Magallanes. En la noche de ese mismo día, Gaspar de Quezada, capitán de la nave *Concepcion*, que tenia preso a su bordo a Juan de Cartajena, puso a éste en libertad i armó treinta hombres resueltos para dar un asalto a la nave *San Antonio*. Este proyecto pudo realizarse fácilmente durante la oscuridad de la noche; i una vez a bordo de la *San Antonio*, Quezada apresó i puso grillos al capitán Alvaro de Mezquita, declarando que la *Concepcion* i la *Victoria*, donde mandaba Luis de Mendoza, se habian pronunciado contra la autoridad de Magallanes a quien querian obligar a que tratase con mas consideraciones a los capitanes i oficiales subalternos. El maestro de la nave, Juan de Elorriaga, salió a la defensa de su capitán; pero Quezada le dió cuatro puñaladas en un brazo que lo pusieron fuera de todo proyecto de resistencia, i consiguió hacerse reconocer como capitán de la nave. De este modo, los sublevados quedaron dueños de la *San Antonio*, cuyo mando tomó el mismo Quezada, de la *Concepcion*, de que se hizo capitán Cartajena i de la *Victoria* que mandaba Luis de Mendoza (10).

Magallanes entretanto, dormia tranquilamente en la nave *Trinidad* desde Rio Janeiro hasta el puerto de San Julian. El interesante diario escrito por Francisco Albo i publicado por Navarrete en el tomo IV de su *Coleccion*, páj. 209 i siguientes, así como la carta citada del contador Lopez de Recalde i la relacion de Maximiliano Trasilvano, tienen mui pocos pormenores que no haya consignado aquel ilustrado cronista.

(9) Pascua florida, dice equivocadamente el cronista Herrera, dec. II, lib. IX, cap. XI.

(10) Consta todo de las informaciones que mandó levantar Magallanes en el puerto de San Julian, i que se hallan publicadas en el IV tomo de la *Coleccion* de Navarrete, páj. 189 i siguientes.

dad. Fácil es concebir cual seria su sorpresa en la mañana siguiente cuando supo la noticia de la revolucion consumada en la noche en tres de las naves de su escuadra. Tan ufanos estaban los sublevados con su facilísimo triunfo, que al amanecer, creyéndose vencedores, mandaron un emisario subalterno a notificar al comandante en jefe de lo ocurrido i a requerirlo por el cumplimiento de las órdenes del rei respecto del tratamiento que habia de dar a los demas capitanes i oficiales de las naves. Los amotinados decian que se habian apoderado de aquellas naves para evitar en adelante el mal trato que hasta entón-ces habian recibido; pero, que si Magallanes se avenia a entrar en capitulaciones, estaban dispuestos a darle el tratamiento de señoría, respetar sus órdenes i besarle pies i manos (11.) Para el caso en que sus proposiciones no fuesen aceptadas, los tres capitanes habian preparado las armas de sus buques respectivos.

El jefe de la expedicion no era hombre que entendiera de transacciones con los amotinados. Magallanes sabia demasiado que una primera debilidad seria la causa de su completa ruina; i con ánimo superior, se resolvió a resistir a esas representaciones i exigencias. Por toda respuesta a sus instancias, los mandó llamar a su propia nave; pero los capitanes sublevados temieron ser aprehendidos i maltratados, i le contestaron que pasara el jefe a la nave *San Antonio*, donde se reunirian todos para discutir lo que convenia hacer en esas circunstancias.

En vez de aceptar esta invitacion, Magallanes determinó sofocar a mano armada la insurreccion de sus subalternos. La empresa parecia difícil, vista la superioridad i ventajas de los amotinados; pero, el resuelto capitan se preparó a dar el golpe, i despachó una chalupa tripulada por el alguacil Gonzalo Gomez de Espinosa i seis hombres de su confianza para que llevaran al capitan de la *Victoria* la orden de presentarse inmediatamente. Luis de Mendoza leia la orden de Magallanes con cierta sonrisa maliciosa como si hubiera descubierto en ella una trama contra la cual era menester ponerse en guardia, cuando Gomez de Espinosa sacó repentinamente un puñal que llevaba oculto i le dió una cuchillada en la garganta. Uno de los suyos descargó sobre lo cabeza del infeliz Mendoza un segundo golpe que lo dejó muerto en la cubierta.

(11) Este requerimiento consta de la carta del contador Recalde ya citada, el cual lo recojió de las declaraciones dadas en Sevilla por algunos de los mismos amotinados. Es probable que no fuese tan respetuoso su mensaje.

La lucha se iba a trabar tal vez entre los hombres de Espiñosa i la tripulacion de la nave, i sin duda que aquellos iban a sucumbir ante el mayor número; pero Magallanes era demasiado previsora para que hubiera espuesto a los suyos a tamañõ peligro. Casi en el momento en que sucumbia Luis de Mendoza, llegaba a la nave el cuñado de Magallanes, Duarte Barbosa, oficial tan intrépido como intelijente, con quince hombres bien armados, i se enseñoreaba de ella sin la menor resistencia, izando en sus mástiles una bandera en señal de triunfo. Para prevenirse contra un golpe de mano de los amotinados, Barbosa sacó la *Victoria* del punto donde se hallaba fondeada i fué a colocarla al lado de la nave capitana. El menor de los buques espedicionarios, que a las órdenes de Juan Serrano, habia permanecido fiel al comandante en jefe, siguió este ejemplo para ponerse tambien fuera del alcance de los sublevados.

Los planes de Cartajena i Quezada se hallaron desconcertados. Es cierto que aun les quedaba la *Concepcion* i la *San Antonio*, en que eran reconocidos como capitanes; pero, sea que no tubieran plena confianza en las tripulaciones, o lo que es mas probable, que se sintieran abatidos por la firmeza incontrastable de Magallanes, ambos jefes no pensaron mas que en fugar i en dar la vuelta a España. Este mismo proyecto les pareció irrealizable el dia 3 de abril cuando trataban de ponerlo en ejecucion. Magallanes estaba colocado con sus tres naves en la embocadura del puerto; i no era posible que los dejara salir libremente.

Quezada concibió entónces otro pensamiento. En su nave mantenía preso con grillos i encerrado en un camarote al capitan Alvaro de Mezquita, primo hermano, como hemos dicho, de Hernando de Magallanes. El capitan revolucionario creyó que le convenia ponerlo en libertad i emplearlo como intermediario para obtener del comandante en jefe una provechosa capitulacion. Mezquita, sin embargo, no aceptó la comision que se le confiaba: conocia demasiado a su primo para creer que éste pudiera entrar en convenio con los amotinados, i espuso francamente a estos que perdieran toda esperanza de arribar a un avenimiento con Magallanes. Desde entónces, Quesada i Cartajena cambiaron de plan: pensaban salir del puerto en la misma noche, esperando poner en la proa de una de sus naves al capitan Mezquita para que desde allí hiciera sus proposiciones al jefe de la escuadra.

En la noche, en efecto, se puso en ejecucion este plan. La nave *San Antonio* se acercaba ya a la capitana, cuando Magallanes hizo romper los fuegos de artillería i mosquetería, disponiendo inmediata-

mente el abordaje. Los suyos asaltaron la nave de los sublevados preguntandoles en voz alta: “¿Por quién estais?”; a lo que contestó la tripulación: “Por el rei nuestro señor, i por vuestra merced”. Desde entónces, toda tentativa de resistencia de parte de los amotinados fué imposible. Magallanes apresó sin esfuerzo alguno a Quezada, al contador Antonio de Coca i a los demas cabezas del motin; i mando tomar en la *Concepcion* al capitan Cartajena, que tuvo que entregarse humildemente a los vencedores.

No bastaba sofocar el motin: era tambien necesario, a juicio de Magallanes, castigar a sus autores para escarmiento i ejemplo de los marinos. El siguiente dia 4 de abril, Magallanes mandó desembarcar el cadáver de Luis de Mendoza i descuartizarlo en tierra, haciendo pregonar su traicion; i tres dias despues, esto es el 7, condenó a la pena de muerte a Gaspar de Quezada, i a un criado suyo llamado Luis de Molino; si bien este último alcanzó su perdon a trueque de servir de verdugo para la ejecucion de su amo. Quezada fué decapitado en tierra con toda la solemnidad posible; i su cadáver fué igualmente descuartizado miéntras se pregonaba su traicion. No fué Magallanes mucho mas benigno con Juan de Cartajena: tanto éste como el capellan Pedro Sanchez de la Reina, que poco tiempo despues fué sorprendido en una trama revolucionaria, fueron condenados a quedar abandonados en aquella playa desierta (12).

Era necesario justificar ante el rei este proceder, duro, violento si se quiere, pero necesario para mantener la disciplina i la moralidad en la escuadrilla expedicionaria. Magallanes sabia bien lo que habia que hacer en tal caso. Su primo Alvaro de Mezquita entabló su querrela por escrito. El capitan en jefe que traia en sus naves escribanos i alguaciles, les encargó la formacion de una sumaria i el esclarecimiento judicial de todo lo ocurrido. Para esto, se recojieron prolijas declaraciones de los testigos i actores de aquel drama sangriento, i se levantó el proceso que debia ser presentado al rei a la vuelta de viaje. Esas declaraciones que han llegado a nuestros dias como un importante documento histórico, justificaron a Magallanes ante el soberano, i han forjado una prueba irrecusable de la enerjía i resolucion con que el esforzado navegante supo dominar la sublevacion de sus subalternos (13).

(12) Estos sucesos, referidos con pequeñas diverjencias por Herrera, dec. II, IX, cap. XII, constan de la carta del contador Lopez de Recalde, en vista de la informacion que se levantaba en Sevilla en mayo de 1521, i en que declaraban particularmente los enemigos de Magallanes, empeñados en desprestijiarlo.

(13) Esta informacion ha sido publicada por Navarrete en la páj. 189 i siguientes del tomo IV de su importante *Colleccion*.